

I CONGRESO INTERNACIONAL "GÉNERO Y FRONTERA"
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE LAS MUJERES DE LA UNIVERSIDAD DE LA
LAGUNA

11-13 DE NOVIEMBRE 2009

**3. "Mujer como frontera. Discursos culturales": Diversidad cultural y artística.
Figuraciones de la alteridad. Aprendizajes femeninos.**

Coordinan Beatriz Hernández (bhernanp@ull.es) y Teresa González (teregonz@ull.es).

CONTEMPORÁNEAS INQUIETAS: EN LAS FRONTERAS DE LA RAZÓN

MONTSERRAT HUGUET

GRUPO KÓRE DE ESTUDIOS DE GÉNERO

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

En el siglo XIX y aún en el primer tercio del XX fue extensa la nómina de mujeres desilusionadas por el escaso alivio que producían las huídas en sus vidas. Muchas llegaron a la conclusión de que igual no merecía la pena marcharse, visitar ciudades supuestamente hermosas, o mirar por una misma lo que los varones habían visto y contado en sus historias domésticas. Pero experiencias como el viaje y la guerra, especialmente como formas de huída, proporcionaron ocasiones indudables de salida cauta ante conflictos privados que hoy no aparecen registrados en los anales de la historia. Pero en

las mujeres, el viaje solo era una dilación de lo inexorable porque las mujeres que viajaban, y sobre todo si lo hacían en solitario, eran mujeres muertas a todos los efectos. En los discursos culturales del siglo XIX, las mujeres viajeras eran hostigadas, y no fueron pocos los ejemplos y variadas las formas de hostilidad hacia ellas.

Guerreras o Viajeras, la Razón, en tanto adquisición que aglutinaba el tiempo contemporáneo en casi todas sus formas, fue una suerte de horizonte o de frontera para las mujeres que emprendían nuevas acciones. Porque, si bien desde la Razón se las animaba a diseñar un plan de futuro para su Género, también desde ella se frenaban muchas de las iniciativas –casi siempre individuales- supuestamente turbadoras para los fines sociales.

Las páginas propuestas recurren a dos ejemplos inspirados en la realidad pero obtenidos de la ficción, referidos a algunas inquietas contemporáneas que entendieron la Razón como un horizonte pero encontraron en él un obstáculo insalvable a la hora de llevar adelante sus particulares intereses. Algunas mujeres promediaron las ventajas de reinstalarse en la tradición para salvar así las fronteras impuestas por las revoluciones, y otras en cambio decidieron saltar con pértiga el cercado que las encerraba en el género sin medir el golpe de la caída. Nadie les había allanado el suelo del otro lado y tampoco hubo nadie allí para aliviarles las magulladuras.

Literatura e Historia, ficción y realidad se confunden casi siempre en este tipo de asuntos ya que el imaginario se nutre de la vida y la vida –aunque suene muy manido- ciertamente imita la ficción. No se trata pues de “contar” sino “pensar acerca de”.

1. En la guerra.

¿Qué podía excitar a una tranquila joven americana de 1951, preparada y dispuesta para la vida en una sociedad ordenada y cabal como era la americana tras la II Guerra

Mundial? Seguramente la promesa de una nueva guerra, (que no fue otra que la de Corea).

“Que yo supiera (decía el joven de diecinueve años que planteaba el asunto) , a las chicas no las excitaba el deseo (...); lo que las excitaba eran los límites, las prohibiciones, los tabúes rotundos, todo lo cual redundaba en beneficio de la que al fin y al cabo, era la ambición primordial de la mayoría de mis discípulas coetáneas (...): restablecer con un joven provisto de salario seguro el mismo estilo de vida familiar del que se habían separado temporalmente para ir a la universidad, y hacerlo con la mayor rapidez posible”¹. En definitiva y como de costumbre, se trataba de quebrar los límites establecidos por las generaciones precedentes para granjearse las conquistas que, en sus manos, hiciesen posible la renovación del orden.

La guerra en sus múltiples modalidades ha sido siempre la forma más extrema de confrontación entre personas. Se ha entendido como un límite, como una frontera que, una vez cruzada, desembarca en la sinrazón. Al otro lado, el enardecimiento y el dolor consecuente, la pulcritud de la puesta en escena y la suciedad que deviene a continuación han convivido de una manera morbosa y extrañamente asumida. Toda la apariencia del fragor que envuelve a la guerra encierra la sutil verdad del silencio, la mudez frente al sinsentido (un día de primavera hermoso y soleado atravesado por cañonazos, esquirlas y fuego), pero ante todo ha guardado una vergüenza genérica que la gente, incapaz de entender su causa, ha arrastrado de una generación a otra.

En la guerra, las mujeres han estado presentes –algunas fueron causa mítica de ellas-, encontrando frentes anómalos que han puesto a prueba su peculiar resistencia. En las guerras, las mujeres han mostrado capacidades insospechadas, destrezas que tiraban por tierra la educación recibida y los sentimientos sacralizados. Al estallar una guerra las primeras en echarse las manos a la cabeza y llorar amargamente han sido (son) las mujeres. Ellas presentían mejor que nadie la magnitud de la desgracia que se avecinaba, en tanto que

¹P ROTH, Ph.: *Indignación*, (2008), Barcelona, Mondadori, 2009, p. 52.

los hombres se lanzaban a las calles del pueblo gritando hurras a un aire lleno de salvas. Los guerreros –también los contemporáneos- se han sentido hermosos con sus uniformes nuevos. Era pues normal que se mostraran alegres, embravecidos. Desde las aceras y los balcones las muchachas les admiraban y las escenas de amor se repetían. Encuentros imprevistos o desesperados, bodas apresuradas: en aquellos instantes reinaba la sinrazón.

Sin embargo, en las cocinas de las casas, madres y abuelas lloraban en silencio previendo la desolación y el luto ¿Serían acaso las mujeres unas sabias, y los hombres unos perfectos idiotas? Nada de eso. Ante la noticia de una nueva guerra no pocos hombres (la mayoría de ellos antiguos combatientes) se golpeaban la frente contra el muro del patio. Mientras, las mujeres frívolas o de turbios sentimientos veían en la guerra la oportunidad que la vida en paz les había negado: puestos de trabajo disponibles, ocupaciones lúdicas y hasta una posición de combate en el frente. El patriotismo era también cosa de mujeres y, por eso en Francia, a comienzos de la Gran Guerra, el día en que las tropas partían al frente:

“(…) Cada fila (de soldados) arrastra a grupos de mujeres en estado de delirio, desmelenadas, que lloran y ríen, y ofrecen su talle y su pecho a los héroes, así como a la patria, que besan los rostros húmedos de los rudos hombres en armas y gritan su odio, que las desfigura, contra el enemigo”².

No eran pocos los combatientes ni sus jaleadoras: *“Veinte millones de hombres, que cincuenta millones de mujeres han cubierto de flores y de besos, se apresuran hacia la gloria, con canciones nacionales que entonan a pleno pulmón”³*. Ellas les acompañaban festivaleras. Compartían con los jóvenes el orgullo de pertenecer a una generación elegida para la salvaguardia de la patria. Se rendían como ellos al protagonismo histórico. Quizá la guerra se hubiera vuelto nuevamente sinónimo de un espectáculo (Los espectáculos de atletismo y de carreras de coches se pusieron de moda en el primer tercio del siglo XX), que despertaba la curiosidad de las jóvenes que, como sus colegas varones, consideraban una mala suerte tener que *perderselo*. Para las chicas, el no poder participar del avituallamiento de las tropas

P²P CHEVALLIER, G.: *El miedo*, (1930), Madrid, El Acantilado, 2009, p. 23.

P³P CHEVALLIER, G.: op. cit, p. 25.

podía ser tan inconveniente como, en el caso de los jóvenes, el que le considerasen a uno no apto para el servicio.

Pero la guerra solo era una matanza más o menos organizada y en los hospitales de la retaguardia las mujeres ociosas hubieron de transmutarse de la noche a la mañana en abnegadas enfermeras cuyo patriotismo se manifestaba en el cuidado de los heridos y por qué no en un exaltado lenguaje que, precisamente porque era reflejo de la irrealidad en que muchas de ellas vivían, podía llegar asquear a los heridos más que la rememoración del combate:

“Observamos a las enfermeras, muy atareadas. (...) Traban conocimiento con esta hornada de nuevos enfermos, eligen sus cabezas. Se detienen a los pies de cada cama y se interpelan un poco ligeramente (...) “El herido, totalmente asilvestrado, febril, que ha perdido la costumbre de conversar con mujeres, si es que la tuvo alguna vez, se acurruca en su cama, se sonroja y responde tontamente a esas señoritas cuyos modales seguros le imponen”

La incomunicación entre los jóvenes de ambos sexos es insalvable:

“(Ellas) son de lo más amables y muestran gran solicitud. No obstante, se les nota un tonillo distante que indica que no pertenecemos al mismo ambiente. Cuidarnos constituye para ellas una contribución patriótica, es un gesto de humanidad al que condescienden, pero que no anula la distancia fruto de una educación diferente”⁴.

Incluso en la guerra se quiebra el acuerdo entre los géneros. La guerra de sexos parece eterna. Ellas, jóvenes señoritas remilgadas –las obreras estaban en las fábricas de armamento y en el campo-, a las que la guerra había colocado en una frontera inusual, la de la visión descarnada del desvalimiento humano y la muerte, preferían observar la guerra desde la frontera del autoengaño. Los soldados se quejaban de que ellas mantenían las distancias sociales, como si la guerra no existiese para poner a todos en el mismo umbral: *“Conservan prejuicios de casta y hablarían de otro modo con unos oficiales”*. Es más, se queja

P⁴P CHEVALLIER, G.: op. cit., pp. 131-132.

un soldado: *“¡Va a parecer que somos idiotas! ¡No han podido con nosotros unos obuses y hay que dejarse torear por unas mozas de la buena sociedad”*⁵

El orden social parecía haberse vuelto del revés: *“- Tienes razón (apoya un segundo) Hay que poner orden aquí inmediatamente”* Poner razón equivalía a devolver a las jovencitas a su sitio doméstico, a no dejarles el privilegio de tener en sus manos la vida de nadie. Por eso, al ver pasar a una enfermera, el soldado le hace una indicación para que se acerque y, una vez junto a su cama le dice: *“Señorita, desearía que me consiguiera papel de carta, cigarrillos y un periódico”*⁶, como debe ser.

Estamos en Francia en 1915, y Chevalier, el autor del texto referido, relata cómo la guerra de posiciones maltrataba a los más jóvenes deshaciéndoles en pedazos y mandando sus piltrafas al cuidado de estas enfermeras novatas como ellos mismos que hubieron de hacer de tripas corazón para lidiar con un monstruo nunca antes visto. De todo cuanto asombraba a las señoritas apostadas en la frontera del horror, quizá lo más sorprendente fuese el miedo que los soldados encamados expresaban en sus gestos y en sus silencios, incluso el miedo confesado a bocajarro. Lo usual para ellas era que los hombres manifestaran fortaleza de ánimo, porque al ser así ellas se sentían seguras. Puede que pensasen que, teniendo ellas que hacer el sacrificio de trajinar con tanta suciedad: heces y orines, sangre y vendas purulentas, el miedo que ellos expresaban haber padecido fuese una cobardía imperdonable. La inseguridad se cebaba doblemente con ellas, a causa de su ingrata experiencia en los campos del dolor, pero sobre todo de la trágica insatisfacción de los hombres que manifestaban miedo y cobardía ¿En quién confiar si no era ya posible hacerlo en ellos?

La joven pregunta al soldado herido: *“-¿Es usted ‘miedica’, Dartemont?”* El soldado se indigna y ejecuta un razonamiento que ella se niega a comprender, porque hacerlo es asumir que está sola en la defensa y protección de sí misma: *“Desde que el mundo es mundo, miles y miles de hombres se han dejado matar por culpa de esta palabra pronunciada por mujeres...”*

P⁵P Ibidem.

P⁶P Ibidem.

Pero no se trata de caerles bien a esas señoritas con algunas bonitas mentiras que impresionen, (...) En efecto, soy miedica, señorita. Pero estoy dentro de la media.”⁷

El joven sabe por primera vez que no es preciso portarse como un caballero, que no tiene por qué esconder su inseguridad ni hacerse el héroe. De hecho, es precisamente su miedo, íntegro y valioso como ningún otro sentimiento, el que le empuja a resistir. Sabe que el héroe es un imbécil y acepta paciente el desprecio de la enfermera, que en silencio piensa que somete sus manos y sus sentidos a la vejación de las enormes heridas porque prefiere creer que el cuerpo maltrecho que cuida no ha sentido miedo y ha tenido un comportamiento heroico. El autoengaño de la mujer la protege de la auto conmisericordia por el trabajo sórdido. El soldado pierde la paciencia y se enfada con ella, le echa en cara su incapacidad para luchar: *“(...) Pues sepa que la misión a la que ustedes nos destinan, tal vez serían ustedes incapaces de cumplirla”⁸.*

De repente, la idea de que las culpables de todo son las mujeres cunde entre los enfermos de éste ala del hospital. Un soldado bastante rudo da un paso más allá y sugiere que son las mujeres las que mandan a los hombres a la guerra ya que ellas *“¡Necesitan un héroe en su cama, un auténtico héroe, bien sucio de sangre, para hacerlas aullar de placer!”* Porque *“Las mujeres, y he conocido a muchas, no dejan de ser en definitiva unas hembras, estúpidas y crueles. Detrás de sus mohines, no son más que unos vientres para parir.”* Durante la guerra se han limitado a incitar a los hombres a *“romperse la jeta”*, y todo por la necia recompensa del amor de una dulce bienpensante: *“¡Ah, dulces putillas!”⁹*. A eso queda pues reducido todo.

Sin embargo ellas, las enfermeras, iban aprendiendo y, en esta inútil frontera de la sinrazón que es la guerra, no se dejan achantar por las groserías del herido. Le miran compasivas y continúan con su tarea como si nada. El soldado razonable, Dartemonte, mira entonces a *“(...) la señorita Bergniol, que se desvive activamente, de una manera metódica,*

P⁷P CHEVALLIER, G.: op.cit. p. 134.

P⁸P CHEVALLIER, G.: op. cit, p. 142.

P⁹P Ibidem.

con seria alegría; se nota que la mueve ese sentimiento del deber que ella defiende". Y no puede dejar de pensar que, como la señorita Bergniol, hay tantas otras, agotadas y enfermizas, a las que les está profundamente agradecido: "(...) *por prodigarnos ese corto porvenir, por cuidarnos cuando es a ella a quien habría que cuidar (...)*"¹⁰. En el desgarramiento profundo de unas heridas terribles siente sin embargo que la mujer es débil, que saca fuerzas de donde no las hay y que sacrifica su existencia por ellos, ajándose en la juventud y con un futuro ya sacrificado.

La causa de que las mujeres se empeñaran con fervor en este cometido extremo, fronterizo, consistía en salvar lo insalvable, constituía en las guerras una enorme interrogación para los heridos que, reconociendo no saber qué las empujaba a estar allí entre ellos, que no eran nada, cuando su lugar habitual era el hogar, se congratulaban sin embargo de que estuviesen, de que les tocasen el cuerpo como nunca antes una joven había tocado a un hombre en un lugar público, de que cada mañana adornasen la sala de los convalecientes con flores frescas y de que, haciendo dejación de la altivez natural en las señoritas, una altivez con la que habitualmente ellos –acaso obreros en sus fincas– las veían dirigirse a las personas del servicio, les prodigasen ahora sonrisas y "*gestos flexibles*"¹¹, se ruborizasen al cazar miradas pecaminosas sobre su trasero y dejasen ver palpitaciones sospechosas en sus altos pechos enfundados de blanco. Había que reconocer que la turbación de las enfermeras podía llegar a ser un aliado muy favorecedor en la recuperación de los heridos.

En las ciudades en armas y pueblos ocupados por los enemigos durante las guerras, los soldados pretendían acaparar la atención de las jóvenes del lugar. En los acantonamientos, las chicas jugaban un papel sorprendente, casi en el límite de las posibilidades que ofrecía su naturaleza pero sobre todo en el margen permitido por la moral consentida. Curiosamente, "*El exceso de deseos (de los que ellas eran objeto) protege su virtud*"¹² y la mayoría de las veces eran los hombres de la retaguardia, que no los desgraciados de la vanguardia, los que obtenían de ellas el premio final, el achuchón o el

P¹⁰P CHEVALLIER, G.: op. cit, p. 143.

P¹¹P CHEVALLIER, G.: Op. cit, p. 143.

P¹²P CHEVALLIER, G.: Op. cit, p. 282

escarceo que en tiempos de paz no hubiese sido imaginable siquiera. Porque en estas coyunturas, las aspiraciones de los soldados con respecto a las chicas “*no conciernen precisamente al alma de la joven*”¹³, y esto es algo que ellas saben y aceptan sin demasiados remilgos.

Que estaban en las miradas opacas de ellos frente al enemigo y en un verbo casi siempre soez, es algo que las chicas aceptaban con secreta complacencia. Para olvidar el cansancio, para alcanzar cumbres imposibles, para rebasar barrancos, los soldados cantaban tonadillas en las que se alababan los encantos de una mujer. No de una chica en concreto sino de una que era todas y ninguna a la vez. Las coplas loaban retazos de cuerpos exuberantes que nunca habían sido vistos y que ahora, componiendo una figura ideal, eran saboreados como tiernos bocados de una pieza de volatería¹⁴. Al límite de sus posibilidades físicas, las evocaciones de estas Venus imaginarias enardecían los cuerpos agotados y destrozados de los jóvenes recompensado sus esfuerzos. Enseñadas para saber lo inhumano de la experiencia masculina en la guerra, las mujeres justificaban la liberalidad de que hacían gala momentáneamente al poner en su trato con los soldados una carga innegable de piedad. Las chicas corrían un velo sobre sus hábitos morales y pretendían que hacer *algo* por un prójimo tan necesitado de amor justificaba la ruptura de las convenciones sociales. La excepción era una buena aliada en este caso y la piedad su coartada.

Pero la piedad se mostraba como una senda peligrosa porque tenía un doble sentido. También los soldados se apiadaban de las pobres chicas. En *La piedad peligrosa o La Impaciencia del corazón* Stephan Zweig¹⁵ mostraba la diferencia entre una piedad sentimental que obraba en el sentido de aligerar la propia carga del espíritu, y una piedad comprometida, en la cual el individuo reprobaba lo establecido y mantenía una batalla en favor del cambio. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Anton Hofmiller, el protagonista del relato, se dejaba arrastrar al compromiso matrimonial con una mujer

P¹³P CHEVALLIER, G.:Op. cit, p. 283.

P¹⁴P Ibidem.

P¹⁵P ZWEIG, S.: *La impaciencia del corazón* (1939), Barcelona, El Acanalado, 2006.

inválida, Edith, más por lástima que por el amor, que era precisamente lo que la mujer demandaba de él. ¿En una situación de plena incertidumbre quién se haría cargo de la joven rota si él no lo hacía? Hofmiller tomaba conciencia de que era la promesa de guerra –situación excepcional- la que precipitaba su desatinada decisión. Su razonamiento no era ya obvio en el siglo XX. Más bien pertenecía a los últimos coletazos de una tradición cultural heredada e inmovible durante generaciones según la cual el desvalimiento femenino se recompensa con la protección de los varones. Pero como Hofmiller era a su modo un hombre también fronterizo en el tiempo y la experiencia, manifestaba sentir vergüenza a causa de su decisión y se refugiaba en la guerra en la que pretendía huir de sí mismo, quizá definitivamente.

La historia de las mujeres y de su presencia en los ejércitos contemporáneos es hoy una materia central de las investigaciones. Con respecto a su participación en el servicio militar y el combate, las autoridades de los países occidentales fueron aún resistentes en la primera mitad del siglo XX a permitir la incorporación a él de las mujeres¹⁶. La segunda mitad del siglo pasado presencié cambios lentos pero profundos al respecto. Pese a todo se han dado casos históricos bien documentados, por ejemplo en las fuerzas armadas británicas entre 1907 y 1948¹⁷. Pero en general y como se ha visto, incluso en aquel tiempo las mujeres se ocuparon de servicios auxiliares, de la enfermería, también del transporte, incluso del aéreo -tras la Primera Guerra Mundial. Los mandos les limitaban en la acción del combate y los límites a su actuación se establecían allí donde y cuando notaban que se ponía en peligro los modos tradicionales de hegemonía. La resistencia y eficacia de un ejército radica principalmente en la continuidad de sus hábitos y las mujeres, al incorporarse a ellos, han ido forzando el cierre apresurado de las fisuras que su presencia iba creando. La clave del asunto parecía obvia: que las mujeres luchasen o dirigiesen tropas alarmaba por la supuesta “feminización” de la actividad militar. Siendo esta una idea comúnmente admitida por nuestras sociedades occidentales, la historia de

¹⁶P RANDOLPH HIGONNET, M.et alii (Eds): *Behind the Lines, Gender and the Two World Wars*, New Haven, CT, 1987.

¹⁷P NOAKES, L.: *Women in British Army: War and Gentle Sex, 1907-1948*, Milton Park & New York, Routledge, 2006.

las mujeres contemporáneas y la guerra se ha fundamentado en el convencimiento generalizado de que las fronteras de su incorporación a las milicias y al combate debían establecerse en los márgenes de la naturaleza psicológica y emocional de las mujeres. Su fuerza física y su resistencia eran menores a las de los varones, por eso ellas aportaban una fragilidad al combate que ningún ejército podía permitirse. Que fuesen organizadas y sufridoras no era suficiente para ganar una guerra.

Conviene no obstante que estas creencias referidas a la historia contemporánea, casi dogmas de la cultura popular –con la parte de verdad que cada quien desee verles- se revisen. Y lo hagan tal vez en la línea de recordar que la milicia y el combate modernamente concebidos en términos de ciudadanía no solo han sido una frontera para la actividad pública de las mujeres, a quienes se les hurtaba la ciudadanía más allá de la conquista del voto. Las resistencias al cambio de mentalidad, precisamente cuando a mediados del siglo XX las tecnologías de la guerra hacían de la batalla un espacio en el que la lucha no requería solo de fuerza física y el combate abandonaba el cuerpo a cuerpo, apuntaban hacia la consolidación de la identidad social masculina en algunos terrenos no permeables a las mujeres. La explicación al choque entre identidades ligadas al género durante el siglo XX tal vez se resuelva en la idea sencilla de un encuentro de sujetos – mujeres y hombres- a la conquista y defensa respectivamente de un territorio.

2. *En la huida.*

Alvan Hervey y su esposa habían vivido cinco prósperos años juntos. Se habían casado y con el tiempo acabaron conociéndose lo suficiente como para llevar adelante una existencia en común. Sin embargo no eran capaces de una intimidad. Eran como dos animales bien avenidos que se alimentan en un mismo pesebre. El deseo masculino satisfecho había terminado por convertirse en un hábito. En cuanto a ella, también había visto realizadas sus

aspiraciones por medio del matrimonio: *“abandonar el hogar paterno, afirmar su personalidad, moverse en un círculo propio (mucho más elegante que el de sus progenitores), tener una casa para ella y su propia parcela personal de respeto, envidia y aprobación de la gente”*. Ambos esposos se entendían de un modo cauteloso y tácito. Eran *“(…) como un par de conspiradores circunspectos unidos en una conjura que hubiera de reportarles beneficios”*¹⁸.

Así describe Joseph Conrad el matrimonio burgués en su relato *El regreso* (1898). Pero lo que viene a continuación es lo que cuenta, a menos a efectos de lo que aquí interesa. Porque la esposa de Alvan Hervey –en el relato carece siquiera de un nombre- huye, se va de casa, desaparece por unas horas durante las cuales rompe todas las convenciones sociales, el paraguas moral en el que se ha criado y las expectativas del esposo sobre el matrimonio. El drama íntimo que viene a continuación es soberbio. El abandono de la esposa se resume en una carta de intenciones dejada sobre su tocador. En ella –el texto se nos hurta de igual manera que el nombre de su autora- la mujer indica la voluntad de huida y esto es precisamente lo que Hervey no puede asimilar. *“(…) lo había abandonado, renunciado a la estima, el bienestar, a la paz, a la decencia y hasta a su posición”*. Durante el tiempo que sigue al fatal hallazgo el trató sin éxito de encontrar una lógica en el acto de ella. *“Pensó en la muchacha bien educada, en la esposa, en la persona culta, en la señora de su casa y en la dama de alcurnia...”* La razón le desasistía precisamente porque en ningún momento *“pensó en ella simplemente como una mujer.”*¹⁹

Él recordaba haber sucumbido precisamente a los encantos de la que –en la lógica precisa de su clase social- se dijo a sí mismo estaba cualificada para ser su esposa:

“La muchacha era robusta, alta, de pelo claro y, a su juicio, de buena familia, culta e inteligente. Se aburría mortalmente en casa, donde su personalidad, de la que tenía plena conciencia, estaba apresada en un espacio reducidísimo y no lograba desplegarse. Sus

P¹⁸P CONRAD, J.: *El regreso*, (Relato incluido en *Cuentos de inquietud*, 1989) Madrid, Funambulista, 2007. p. 15

P¹⁹P CONRAD, op. cit. P. 23

*andares parecían los de un granadero, era recia y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente ingenua y una mirada muy pura, pero ni una sola idea propia*²⁰.

Sobre una criatura de esta catadura, bella, seria y carente de convicciones personales, uno podía imponer su propia voluntad. Con una criatura semejante cualquiera podría dedicarse con éxito a ampliar el círculo social en un mundo de gente encantadora donde los extremos, alegría y tragedia, quedan rebajados a meros contento y disgusto. El vínculo con la esposa era perfecto a fin de prosperar en los ámbitos del materialismo y las aspiraciones.

Ahora, la conciencia del abandono de ella le provocaba náuseas, un desasosiego incómodo muy cercano a la conmoción. La vida de repente se le hacía intolerable, y no a causa de la previsión de soledad sino por el mero hecho de que *“Todos lo sabrían”* Esa misma noche las primeras en enterarse serían las criadas. ¡Y él no había previsto nada... ¡ De repente su esposa se había convertido en un *monstruo*, un ser desconocido y hostil fundamentalmente porque *“(...) todos me tomarán por un imbécil”*. Consciente de que estos sentimientos son inapropiados por excesivos, el marido volvía a la razón y se preguntaba ¿por qué?. No el por qué la huída de ella, sino ¿el por qué del descontrol que le acometeía tan vivamente, si: *“Se trataba únicamente de una mujer que se había marchado”*²¹. El marido afrentado sospechaba que la huída de la esposa le había hecho perder su coraza. Ya no era ese individuo indestructible que él pensaba. Su tragedia tenía el calibre del derrumbamiento de unos sólidos muros ante el empuje de un inesperado huracán. ¡Había albergado al enemigo en casa sin haber tomado precauciones! Esa era la verdad, la única e irrefutable verdad.

Pero por más que el marido lo suponga en realidad ella no había huído, no al menos en el modo físico que él imaginaba. La esposa regresaba al hogar y se sentaba, las manos cubriéndose el rostro. Quizá llorase humillada o triste, así que a él solo se le ocurría recriminarse su falta de control: *“Ya ves dónde conduce la falta de control de sí mismo. Al*

P²⁰P CONRAD, op. cit. p. 10

P²¹P CONRAD, op. cit. p. 26.

sufrimiento, a la humillación, a la pérdida del respeto de los amigos, de todo lo que engrandece la vida, de aquello que (...)". Ella se quedaba callada, paralizada mientras él la observaba *"(...) como si agrupara sus reflexiones melancólicas provocadas por la visión de esa mujer caída en desgracia"*²². Una esperanza le elevaba desde su miseria, porque de pronto caía en la cuenta de que no estaba solo. Tantos como él hacían guardia alrededor de sus hogares, altares de un culto eficiente y provechoso, sustentando la vigilia en la fe incólume en todo el conjunto de ventajas que su actitud sacrificada les aportaba. Así, Hervey le recriminaba a su esposa la naturaleza irracional del acto que acababa de cometer: *"(...) la pura locura de una mala conducta"*, que no ha respetado las condiciones de su existencia y que puede llevarla a perderlo *todo*. Para ella en cambio, *todo* (la casa, el marido, la vida), no era más que una tumba. En los brevísimos pasajes que Conrad regala a la esposa la oímos referirse a las: *"... paredes, cortinas, la casa entera, la multitud de las casas circundantes, esas tumbas frágiles y secretas de los vivos, con sus puertas numeradas como las de las celdas, y tan impenetrables como el granito de las lápidas"*²³.

Puede que haya abusado de la facilidad que me proporciona la escritura de Conrad para servir este retrato de existencias al límite de la razón humana. Pero es que, cuando el ejercicio de complacencia con el entorno toca a su fin, marcharse sin más puede resultar una salida urgente y beneficiosa antes de asumir que se nos disuelve el alma. La ida y el regreso, la huída y el repliegue en el cautiverio conocido son un centro de esta creación literaria en la que el personaje del marido se aterraba cada vez que la esposa se levantaba del asiento desde el que escuchaba -aparentemente sumisa- su crítica agria y cruel para dirigirse a la puerta: *"Su mujer se dirigió a la puerta, y él la siguió de cerca, en busca de la palabra mágica que aclarase ese enigma (...)* Ella se acercaba a la puerta, y él le dijo con precipitación: - *Créeme: te he querido, y te sigo queriendo. Ella se detuvo un instante casi imperceptible para mirarlo indignada, y luego siguió avanzando"*²⁴. Indignada por saberle a él cautivo de un materialismo que le impedía amar en realidad y le hacía pues innoble cuando le aseguraba que la amaba. No era amor lo que sentía por ella -le corregiría la esposa. Porque esperar de

P²²P CONRAD, J.: op. cit. p.66.

P²³P CONRAD, J.: op. cit. p. 67.

P²⁴P CONRAD, J.: op. Cit. p. 98.

una mujer que sea una compañera capaz de conducirse de una determinada manera solo es en realidad quererse a uno mismo.²⁵

En el caso de las mujeres, marcharse o viajar a fin de aliviar situaciones de disgusto o de malestar no ha solucionado nunca gran cosa. Salvo excepciones, viajar –especialmente si se hacía en solitario- era poco menos que auto provocarse una muerte social. El viaje ha sido históricamente una práctica ajena a la experiencia de las mujeres. No es que ellas no se hayan desplazado en el nomadeo, o hayan acompañado a sus familias de allá para acá cuando la situación lo requería. Ciertamente, las mujeres, como los hombres, se han movido en la historia en función de necesidades migratorias diversas. Por lo general, sin embargo, en estos casos eran los hombres quienes anticipaban las necesidades del viaje, quienes buscaban las provisiones y preveían los alojamientos. José condujo valientemente a María hasta el portal de Belén. A poco que se piense, en la tradición cultural de Occidente las mujeres han sido poco más que un bulto del equipaje. Por eso, las viajeras eran mujeres desplazadas, anómalas en el oficio de viajar, un oficio que elegían en principio por exclusión de cualquier otro disponible. La tradición enseñaba que al viajar las mujeres intentaban localizar nuevos lugares de arraigo. El anhelo de seguridad las ha traicionado siempre en esta empresa tan creativa que es el viaje y les ha hecho perder la esencia de la experiencia viajera. A la dificultad primigenia de entender el viaje en su condición de renovación, se añadía la parafernalia que acompañaba siempre a las mujeres. Les costaba entender que el viaje era una privación de objetos entrañables y superfluos, de afectos o desafectos conocidos. Por decidirse al viaje las mujeres podían además verse privadas de lo más esencial de todo, la compañía. El Romanticismo en el XIX –en sus diversas concreciones nacionales- dibujó el viaje como un camino íntimo hacia ninguna parte. Luego, el Naturalismo finisecular²⁶ sugirió la escasa necesidad de que un conjunto de claves morales aparecieran ligadas a la

P²⁵P CONRAD, J.: op. Cit. p. 99.

P²⁶P Zola a comienzos de los años ochenta del XIX por ejemplo defendía el abandono de la vana especulación para reflejar el mundo tal y como él lo entendía. Ver, AYALA, F.: *Experiencia e invención: Ensayos sobre el escritor y su mundo*, Madrid, Taurus, 1960, p. 173.

experiencia. Por qué no iban a ser posibles la huida y el viaje sin argumento de mayor peso que el llevarlos a cabo. En casi todos los casos no obstante la intencionalidad en el viaje era un centro del mismo, sustanciándose en discursos justificativos que hoy, habituados como estamos a viajar, nos resultan quizá excesivos. Como viajar era evadirse, las sociedades atadas a la moralización de las conductas observaban que las iniciativas viajeras restañaban algunas heridas aunque no condujesen a ninguna parte.

Pero las iniciativas –la huida o el viaje- merecían acaso la pena. Las mujeres viajeras del XIX comenzaron a entrar en contacto con hábitos y gentes diferentes. Al contemplar lo desconocido era posible que sintiesen la tentación de comparar. Pudieron aventurarse a pensar que existían alternativas que merecía la pena indagar y que ante el viaje la razón, cuando pesa como un mueble, es mejor dejarla en casa.

Madrid 21 de julio de 2009

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

AYALA, F.: *Experiencia e invención: Ensayos sobre el escritor y su mundo*, Madrid, Taurus, 1960.

CHEVALLIER, G.: *El miedo*, (1930), Madrid, El Acantilado, 2009.

CONRAD, J.: *El regreso*, (Relato incluido en *Cuentos de inquietud*, 1989) Madrid, Funambulista, 2007.

NOAKES, L.: *Women in British Army: War and Gentle Sex, 1907-1948*, Milton Park & New York, Routledge, 2006.

RANDOLPH HIGONNET, M.et alii (Eds): *Behind the Lines, Gender and the Two World Wars*, New Haven, CT, 1987.

ROTH, Ph.: *Indignación*, (2008), Barcelona, Mondadori, 2009.

ZWEIG, S.: *La impaciencia del corazón*, Barcelona, El Acantilado, 2006.